

Hermanos Heredia. Anticuarios es una entrañable y reconocida casa de antigüedades de la plaza..., escondida en el viejo Madrid. Al profano en la materia le puede parecer un establecimiento sin demasiada resonancia, si se lo compara con otros de la misma especie diseminados por todo el circuito internacional. Quizá no resista dicha comparación a la hora de ofertar piezas de relumbre mundial pero lo que está claro es que con obras del medievo español prácticamente no tiene rival. Su especialidad y su fama oscila entre las escasas y apreciadísimas tallas románicas y las no menos valoradas de estilo gótico, sin olvidar su buen gusto a la hora de ofrecer pintura española. Sus transacciones se realizan siempre de forma legal, sin trapicheos malolientes y sin hacer la vista gorda a la hora de adquirir su delicada mercancía, lo que le ha granjeado entre su avezada clientela un justo y transparente prestigio.

Un cartel en letra rústica bañada en oro y sus muchos años de comercio lo corroboran. Efraín Heredia y su hermano Casiano, conocido en todo el gremio con el inevitable apodo del "tiocasiano", dirigen el negocio con inteligencia y discreción, comprendiendo desde la experiencia los vaivenes del negocio que no son otros que los vaivenes del tiempo en el que toca vivir.

Para ello se auxilian, obligados por su nula soltura con los idiomas y la informática, de la hija y el yerno del primero. Dolores, una mujer recurrentemente guapa, morena y con un perfecto inglés que alterna la atención de la galería con su marido, un gitano señorito educado en uno de los mejores colegios bilingües del norte de la ciudad. Éste es más chulo que un ocho, bien parecido, con un rostro ovalado que adorna con un bigote hirsuto y una mirada de las de echarse a temblar.

"Un hombre que viene al altar con un chaleco grana y oro le dará mala vida" profetizó sudorosa la abuela materna, entre el cante y el baile, el día de la boda. Aún no se sabe el resultado de la sentencia.

- Buenas tardes, ¿se puede?

Un atildado caballero de voz grave acompañado de un urbanita de mirada perdida y un rastafari provisto de una cámara de vídeo sobrepasaron el umbral. La estancia, amplia y agradable, estaba repleta de objetos artísticos de un enorme valor que se mostraban ante ellos sin pudor. No esperaban que aquellas fotos, que ilustraban los manuales con los que estudiaban historia del arte, se materializaran en aquel instante con aquella precisión. Eran, de pronto, reales.

Los tres amigos dejaron al unísono de jugar a ser estudiantes. Conrado volvió a ser por un momento el poderoso empresario que hasta hace poco había sido. Esteban lo escrutó todo como si lo observara con un bisturí, reparando con pausa en cada tapiz, cada camafeo y cada marfil.

"Qué lástima que no haya venido Yolanda", se oyó decir. Unai retiró hacia atrás sus trenzas, apagó la cámara y empezó a caminar entre curioso y sorprendido sin atreverse a tocar nada. Un leve roce, si llegaba.

El tiempo no se detuvo pero, de alguna manera, se ralentizó.

Levantaron la vista y, extendiéndola, admiraron todo aquel tesoro que en un giro inesperado los había encogido el corazón. Ante sus ojos, dispuestos en un ordenado desconcierto arcones de ébano dignos del ajuar de una reina; cofres trabajados a la taracea de geométrica decoración florentina (que se conoce como pictórica) se entremezclaban con afilados y relucientes aceros toledanos.

Un cordobán repujado y califal detuvo la mirada de Esteban mientras que Unai y Conrado, absortos, se epataban con lienzos que se podrían calificar de menores a ojos del gran público, pero muy cotizados para cualquier coleccionista. Cuadros de pintores ajenos a la popularidad y que este triunvirato aún no había estudiado al impartirse en asignaturas de cursos superiores pendían de los repletos paramentos. Un Vicente Macip y un Orrente asediaban con reverencia a lo máspreciado de la casa. Nada más y nada menos que un Ribalta, pintor como es sabido de la estirpe de Caravaggio.

Aquella mañana se encontraban en el negocio Efraín y sus hijos, estando su hermano Casiano ausente en viaje de negocios. El patriarca, aposentado en una especie de trono rojizo insultantemente ostentoso, les conminó amablemente a entrar hasta el fondo de la galería. Dolores y Antonio a lo suyo, como si la entrada de dos clientes no fuera con ellos. "No apremies nunca al cliente. Los ahuyenta", era algo que tenían aprendido desde la cuna.

- ¿Es usted el señor Efraín?

- Sí, para servirle a usted - contestó éste con fórmula tan antigua- ¿Qué desean?

- Mire -comenzó Conrado a explicar con soltura- venimos de parte de Baldomero, el de la universidad de ahí abajo, en la plaza...

- ¿Baldomero? ¿Qué es del bueno de Baldomero? ¡Cuánto tiempo! Habrá conseguido ya la Cátedra de Barroco. ¡Es un lince con el XVII!

- No, por desgracia, no ha conseguido todavía la Cátedra. Todavía es Sobrecargo General - contestó Conrado.

- Ah... Bueno no pasa nada. Que no desespere, ser Sobrecargo General no es poca cosa.

- El caso, señor Efraín, que el motivo de nuestra visita - siguió Conrado un tanto entrecortado - es un encargo que mi señora esposa, Teresa, se ha empeñado pero no sabe usted como, que si ahora que estudias Arte, como habrá comprendido usted, viniendo de parte de Baldomero es porque estudiamos Arte, entérate si existe, por remota que sea, la posibilidad de adquirir, por un precio adecuado, ya le anticipo, una talla románica... concretamente y si pudiera ser, una talla románica española. Espero haberme explicado... Por cierto, mi nombre es Conrado.

- Que quiere usted una talla románica a ser posible española. Por sugerencia de su esposa... Es muy frecuente, suelen tener más criterio. Vengan por aquí, Conrado y compañía.

Efraín se levantó, seguro y pausado, adentrándose en la trastienda tras abrir una pesada puerta de seguridad marca "Goodservice" seguido por sus hijos y sus clientes. Si lo que se podía admirar en la galería era impresionante, las piezas que se exponían en aquel gabinete eran simplemente espléndidas. Salvajes.

Resguardadas en aquel fortín a prueba de catástrofes, curiosos y butrones se esparcían estaba vez sí, meticulosa y sabiamente ordenadas, muchas menos piezas pero de un valor, como diría el tópico, incalculable.

Los originales de los cuadros de la galería de entrada; el Ribalta y sus acompañantes (los de afuera son copia, cosa que al enterarse hizo reír a los invitados) flanqueados por una acuarela que resultó ser un..., como se le oyó aclarar a Dolores, además de pocos aunque concretos lienzos. Un Grien y

un bodegón atribuido, no sin polémica, a Sánchez Cotán escoltaban al resto de altivas joyas formando un mosaico indescriptible y detenidamente elegido. Esculpido.

Una cratera minoica. Un pedazo de yesería musulmana decorada en ataurique de origen sirio. Una pieza tartésica informe... Y al fondo, colocados sobre unas tarimas de piedra varios altorrelieves, sin duda, medievales.

Entre el silencio y las paredes granates Efraín, rey de su oficio, empezó a relatar a los atribulados visitantes.

- Aquí lo tienen. Un milagro del Románico. Un fragmento extraído hace trescientos años de una pequeña iglesia de la falda sur de la montaña cántabra. Impoluta y sin sufrir ni un rasguño en su milenio de vida. Como verán, explica por sí misma las principales características de este arte de alrededor del año mil. Fueron maestros de más allá de los Pirineos los que llegados a aquellas tierras se encargaron de su talla asumiendo influencias, parece ser, peninsulares prerrománicas y cordobesas. Lo que sí es cierto, es que tiene toda la documentación en regla. Norma de la casa.

Conrado se adelantó decidido y con la mirada ausente señaló una pequeña virgen que estaba al lado del fragmento que Efraín ensalzaba haciendo gala de toda su persuasión.

- Ésta...

- ¿Ésta? - replicó el anticuario sorprendido.

- Ésta... Ésta... ¡Qué maravilla! La Virgen de... si puede saberse - preguntó Conrado exultante ante su elección.

- Disculpe - interrumpió Dolores amablemente - pero usted quería una talla románica, ¿verdad?

- ¡Ésta! ¡Ésta! ¡Ésta! A Teresa, mi esposa, le va a encantar... Qué..., cómo explicarme, qué naturalidad. Qué dulzura. Es increíble.

- Un momento Conrado, espere un momento hombre. Ésta que dice usted es...

- No se preocupe usted don Efraín, que el dinero no será el problema... Como me llamo Conrado... - se lanzó éste decidido a por la cartera. Decidido y loco - ¿Qué te parece Esteban? ¿Hago bien?

- Tienes razón. Ésta que dices tú es más... humana. Mas amable. Ésta otra...

- Es más distante. Como hierática - intercedió Unai convencido.

- Eso es... Decidido está. Por una vez estamos los tres de acuerdo.

- Permítanme señores, este otro altorrelieve con el busto de una Virgen, es más geométrico y la figura más hierática porque es una escultura del estilo...

- ¡No Efraín! Se lo ruego. ¿Donde está la maquinita? Tome usted la tarjeta... Me he enamorado de esta talla. Es hasta cariñosa... ¡Qué expresión! ¡Con que ternura mira al niño! Sin embargo, esta otra, como decir... Es más...

- ¿Sosa? - se le oyó apuntar a Esteban.

- Eso es, Esteban... ¡Sosa!

De pronto, una voz de ultratumba comentó:

- El guirigay que están montando estos castizos por no escuchar. Haz algo Dolores, que luego los "listillos" seremos nosotros...

- Señores, un momento - se interpuso elegantemente Dolores - lo que le quiere decir mi padre es que la talla que ustedes han elegido es más amable y cercana... porque no es románica sino gótica.

- ¿Gótica? - se oyó por triplicado.

- Sí, no se lleven a confusión...

- Gótica... Ahora que lo dice... yo dudaba, en serio, pero ante la insistencia de mis compañeros... - exageró Conrado a su vez, para terminar - ¿Está usted segura?

- Segura. Es una pieza gótica, también del Camino Francés, pero de unos dos siglos posterior. Ustedes, si vienen de parte del Sobrecargo Baldomero, deberían de saberlo. Además, hoy, se puede visualizar cualquier obra en cualquier momento...

- Por supuesto... por supuesto...

- No se preocupe, Conrado, llévesela, llévesela, - insistía ahora el patriarca - si tampoco hay tanta diferencia. Depende de donde la vaya a colocar. Si lo hace para sonrojar a sus amistades a la hora del té, puede que Teresa le ponga alguna objeción. Pero si es como inversión y va directa a la caja de seguridad, servicio que nosotros también prestamos, quédese la, quédese la, la relación calidad-precio es óptima y con el tiempo se revaloriza más una escultura amable que otra que parece que mira... constreñida.

- ¡Papá, por favor! - se interpuso Dolores-. Mire Conrado, esto es muy frecuente. Hay compradores que vienen interesados en un tapiz y por el embargo del momento acaban adquiriendo otra pieza artística. Pero eso es comprensible al ser nuestros clientes personas con gran sensibilidad. Y, la mayoría, con grandes posibilidades... Pero esto es otra cosa. Es un encargo que le han hecho a usted en concreto y que por su naturaleza y precio, no es para ir llevando y trayendo como si se tratara de un regalo de navidad. Usted.. vosotros... - se pasó al tú sonriendo- ya me entendéis.

- Tiene usted razón, señora. - asintió Conrado.- ¿Y si me atrevo con las dos?

- Estás seguro...

- No sé - comenzó a balbucear Esteban -. Quizá la gótica sea más tierna. Pero la románica siendo más seria, tampoco está mal. Es... como más formal... tampoco está tan mal...

- A mí me parece más... no sé Conrado... ¿Solemne? - comentó Unai, echando más leña al fuego.

- Estáis seguros. ¿No me estaréis toreando?

- En absoluto...

- Conrado, tú ya sabes, que alrededor del año mil Europa era un mundo de incertidumbre, no tanto como se ha querido transmitir algunas veces, pero sí que fue una época sin seguridad, sin el asidero que había significado en la antigüedad Roma... en fin... al menos, eso estudiamos, primero aparecen los bárbaros, más tarde las correrías de los normandos, todo para arriba y para abajo según avanzan los siglos... Para rematar, la conquista musulmana, la religión tuvo que asumir cierto papel... Se necesitaba algo... ¿de orden?

- Tú crees, Esteban...

- Sí, por eso - continuó Unai - tiene este aspecto riguroso. ¡Admonitorio!

- ¿Admonitorio? - se le escapó a Conrado.

- Conrado. Fue una época oscura, peligrosa, misteriosa... - terminó Esteban.

- Eso puede ser pero... la veo... como cerrada en sí misma. La veo triste.

- Mira Conrado - comentó Unai- A mi me parece más geométrica. Más seria, nada más. Fue el tiempo que fue...

- ¿En serio?

- Conrado, si te han encargado románica, pues románica... y que quieres que te diga. Yo ahora a la gótica la veo...

- ¿Blanda? - intercedió Unai.

- Yo directamente - dijo Esteban - la veo cursi.

- ¿Cursi? No estaréis dando la vuelta a la tortilla. ¡Qué es una pasta! - protestó el comprador.

- Mirad, yo que lo que haría - siguió hablando Dolores mientras sonreía - sería recapacitar sobre lo que queréis hacer. No son piezas que vayan a desaparecer de la noche a la mañana. Pensároslo.

Los tres amigos iniciaron el camino de salida un tanto sonrojados por el evidente desliz y porque, sin quererlo, habían suspendido un examen que no esperaban. La parte práctica se había descubierto más azarosa de lo que habían imaginado, siendo la disyuntiva que habían vivido de las menos difíciles. Qué no sería cuando tuvieran que diferenciar óleos del XVII de posibles falsificaciones o monedas de cuña imperial de otras sin una clara procedencia.

Aturdidos, salieron quejumbrosos recriminándose entre ellos, mientras la familia de mercades empezó a analizar los datos de una venta fallida, los porqués de este contratiempo en una operación que parecía hecha, como era costumbre del negocio.

- Pero Dolores hija, si se equivocan, que se equivoquen, es problema suyo. Nadie les ha intentado engañar... Han sido ellos solos...

- No estoy de acuerdo. Si hubiera sido una compra menor, tal vez. Pero siendo una talla de esa categoría. Ni hablar.

- Pero por qué..., nosotros estamos aquí para hacer negocio.

- Mira papá. En un comercio de alta rotación y sin clientes fijos, puede ser que la venta sea lo primero. Pero nosotros tenemos una reputación que salvaguardar.

- De acuerdo, hija. Y unos gastos corrientes a los que hacer frente, no lo olvides. Sin contar que con esa liquidez podríamos comprar más piezas. Te recuerdo que esto es una rueda...

- De acuerdo papá, pero no con clientes que vienen recomendados por otro cliente que puede ser fuente de negocio. Se llaman prescriptores...

- ¿Prescriptores? Amiguetes... no hace falta que utilices ese vocabulario conmigo...

- Es lo que hay papá. Necesitamos cuidar de nuestra marca. Hoy el prestigio se labra. Por cierto. Que sepas que necesitamos hacer una pequeña inversión en internet. Unos e-mailings y una pequeña acción viral... Pero bueno, eso os lo explicaré otro día... tengo hora en el gym... ¡Mua!

Los dos hombres de respeto se quedaron allí, inmóviles, y un tanto anonadados, mientras que veían alejarse a Dolores, sin nada que oponer. Rodeados de un enjambre de obras que habían sido seleccionadas a fuego lento y mimadas con el ahínco de a quién le va el porvenir en el asunto. Mimadas, sí; sentidas. Era su negocio y se diferenciaban del resto a conciencia. Sin ambajes ni medias tintas. La vocación de los hermanos era haber sido los mejores y parece ser que lo habían

conseguido. Pero los tiempos cambian y la formas de hacer con ellos. "Es ley de vida", que diría el "tiocasiano".

- Antonio, hijo. ¿E-mailings"¿Acciones virales? Qué cambalaches se trae tu mujer con el dichoso Internet...

- Sería largo de explicar, padre. No crea, que a mí también me cuesta... - dijo éste atusándose el bigote - Cómo explicar para que usted me entienda; los e-mailings son como cartas que van por el aire...

- Por el aire...

- Concretamente, por el ciberespacio padre...

Don Efraín puso cara de envidar a chicas mientras murmuraba:

- ¿Ciberespacio? Hay que ver, lo que no inventen estos payos...

Bibliografía

Mª Teresa González Vicario

Esther Alegre Carvajal

Genoveva Tusell García

Historia del Arte de la Antigua Edad Media

Madrid. Uned.